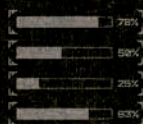
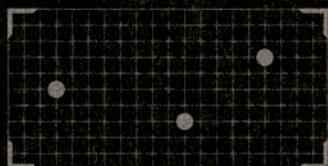


PROJECT ITOH

GENOCIDAL ORGAN

虐殺器官

345,678,467 25



伊藤計劃

3D MINOTAURO

RELOAD

minotauro

PROJECT ITOH

GENOCIDAL ORGAN

minotauro

Genocidal Organ

Copyright © 2007 Project Itoh

Publicado mediante un acuerdo con Hayakawa Publishing Corporation.
Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.
Traducción: © Daniel Aguilar, 2024
Diseño de cubierta: Branca Studio
Revisión: Agencia Yerro

ISBN: 978-84-450-1866-8
Depósito legal: B. 13.894-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Vi cómo una niña pequeña caía para terminar pegando el rostro a las huellas de un camión profundamente marcadas en el barro.

Parecía como si Alicia, la del cuento, intentara adentrarse a través de las marcas en el país de las maravillas que por allí se asomara, pero, un instante después, la parte posterior de la cabeza se le abrió de golpe como una flor roja y el contenido del cráneo le salió disparado por los aires.

En un lugar a menos de diez pies de allí, el cuerpo de un niño yacía de costado. Por lo visto, la bala que le entró por la espalda se removió por el interior del cuerpo antes de tomar la decisión de salir por un punto cercano al ombligo. Los intestinos que aflo-
raban de su vientre abierto habían sido lavados por la lluvia caída hacía un par de horas y relucían con una coloración rosada. La boca ligeramente entrebierta permitía entrever unos incisivos de aspecto cándido. Se diría que hubiera dejado una frase a medio terminar.

Siguiendo la huella de las ruedas del camión se llegaba a una pequeña aldea de apenas unas veinte familias.

En la plaza de la aldea habían cavado un gran hoyo y en él se veían un montón de cuerpos con la piel requemada y humeante, caídos unos sobre otros. Olía a carne y a pelo quemados. Los músculos a medio incinerar se habían contraído y todos los cuerpos estaban doblados hacia el interior, cual fetos en el vientre materno. Los huesos vencidos por la contracción muscular se habían partido, por lo que se veían miembros doblados por puntos que, claramente, no eran las articulaciones. Aquellos brazos y piernas, encogidos y doblados, se enredaban unos con otros, formando una especie de telaraña.

Todos están muertos.

Todos habían muerto. Al abrir la puerta, vi que mi madre estaba allí y que los encargados de la funeraria, siguiendo la normativa del Estado de Washington, ya habían terminado de embalsamar el cadáver. Además de embalsamarlo, habían arreglado su expresión facial y maquillado la piel con generosidad, creando una falsa y congelada expresión de paz eterna.

—Eh, fíjate, justo detrás de ti. Mira cómo van pasando todos los muertos.

Al oír las palabras de mi madre, me di media vuelta. Y entonces vi que ante mí se extendía un vasto mundo poblado por muertos sonrientes que me saludaban agitando la mano. Estaban allí todos los muertos existentes desde que la humanidad aprendió a enterrar a sus iguales. Algunos conservaban su aspecto original, mientras que otros presentaban todo tipo de carencias. No me explicaba cómo podía percibir que los muertos sin cabeza también sonreían, pero no cabía duda de que así era y de que, a pesar de ello, jugueteaban con aspecto desvalido, con los intestinos que se les escapaban del vientre.

—Sí... Todos muertos, ¿verdad?

Tras ese comentario, volví a girarme hacia mi madre muerta. Ella asintió y, señalándome, contestó:

—Claro que sí. Mira, fíjate en tu cuerpo.

Entonces, cuando dirigí la mirada a mi propio cuerpo vi que ya había comenzado a pudrirse y por primera vez me di cuenta de que estaba muerto.

En la lejanía, todos los muertos desde los comienzos de la especie humana formaban un río que fluía sosegadamente hacia alguna parte.

—¿Es este el mundo de ultratumba? —pregunté a mi madre. Entonces, ella hizo un lento gesto negativo con la cabeza. Aquel gesto que usaba cuando yo era un niño para corregir alguno de mis errores.

—No, estamos en el mismo mundo de siempre. El mundo donde tú, y también todos nosotros, hemos estado viviendo. El mundo de siempre, una mera prolongación de nuestro devenir.

—¿De verdad? —le contesté.

El alivio me hizo derramar unas lágrimas. En aquel desfile que discurría lejano descubrí varios rostros conocidos. Ahí estaba Benjamin, que murió por el disparo de un niño, o mi padre, que se voló la cabeza.

Entonces, mi madre me cogió de la mano y me condujo hacia la procesión.

—Venga, vamos ya.

Asentí y eché a andar con ella hacia los muertos. Recordé que íbamos de la misma manera la primera vez que fui al colegio. Mientras avanzaba junto a mi madre, la nostalgia me hizo llorar. De pronto, descubrí a mi lado a aquella chica que, con la cabeza atravesada por una bala, cayó y empotró la cara sobre la huella de las ruedas del camión, así como al niño al que dispararon por la espalda y que tenía los intestinos por el suelo. También estaban aquellos cadáveres incinerados en la fosa de la aldea. Todos nos dirigíamos juntos hacia la corriente de muertos para unirnos a ella.

2

Fueron mis palabras lo que mató a mi madre.

He matado a mucha gente usando un buen montón de armas y un buen montón de balas y quien mató a mi madre no fue otro que yo mismo, pero en aquella ocasión no fueron necesarias ni armas ni balas. Bastó con pronunciar un *sí* y mi propio nombre. Cuando se juntaron los dos, mi madre murió.

Hasta ahora he matado a mucha gente. Sobre todo con armas de fuego y balas. Algunas veces también con armas de filo, pero, para ser sinceros, no es una de mis formas preferidas. Entre mis compañeros hay muchos profesionales especializados en esa manera de matar, que cargan con las correspondientes peticiones. Son tipos que tardan apenas tres segundos desde que se aproximan sigilosamente por la espalda a su presa, le rajan la garganta

y, acto seguido, cortan de sendos tajos los tendones de los brazos, le desgarran la arteria femoral y, finalmente, le asestan una puñalada en el corazón.

Nunca he tenido intención de convertirme en un experto de dicha técnica, aunque por supuesto que tengo la suficiente confianza para poder recurrir a ella si resultase necesario. Pero lo principal es que con mi equipo acostumbrado, las armas de fuego y las balas, todavía puedo continuar matando gente. Y es gracias a que cierta mañana del año 2001 unos aviones se empotraron a toda velocidad contra dos torres gemelas que se alzaban larguiruchas en Nueva York.

Hasta ese momento, por lo menos de manera oficial, en los Estados Unidos de América estaba prohibido recurrir a los asesinatos selectivos, por muy enmierdada que estuviera la situación. En el siglo anterior, como estaba vigente la Orden Ejecutiva presidencial 12.333 que firmó el presidente Ford, tanto el narcotraficante sudamericano Pablo Escobar como aquel Sadam Hussein que suponía una piedra en el zapato para la estrategia norteamericana en Oriente Medio, pudieron evitar que el gobierno de los Estados Unidos preparase un plan de asesinato selectivo contra ellos.

Se había creado la consigna de que ningún miembro del gobierno de los Estados Unidos debía participar en asesinatos selectivos. Tanto Reagan como Bush y Clinton desarrollaron sus políticas apoyándose en el poder coercitivo de dicha consigna. No es que hubieran desaparecido los asesinatos selectivos, pero, debido a aquella orden ejecutiva, la operación entrañaba un riesgo mucho mayor. En otras palabras, se había vuelto un procedimiento incómodo y bajó considerablemente la prioridad de recurrir a semejante método en comparación con la implicación abierta o la guerra abierta. Así, a no ser que se tratase de una situación que exigiera garantizar un secreto absoluto, dejó de utilizarse.

Sin necesidad de recurrir al asesinato selectivo, los Estados Unidos podían comenzar una guerra en cualquier momento con quien fuera, acusándolo de lo que hiciera falta, y, cuando se comparaba con la posibilidad de que un asesinato selectivo saltara a los medios y generase un mar de críticas, resultaba mucho más

racional y menos farragoso desencadenar una masacre sin tapujos. Como dijo una vez alguien, una muerte es una tragedia, pero un millón de muertes es no sé qué. Era muchísimo más sencillo presentar decenas de miles de muertes como un acto de justicia que no una sola. Como mínimo, hubo un tiempo en que esa clase de mundo existió.

Después, tras el día conmemorativo del bombardeo en terreno propio, aquella política se fue relajando y en Washington se consideró que el asesinato selectivo, aunque no se difundiera a los cuatro vientos, volvía a ser una opción que merecía la pena valorar. Poco a poco se fue abriendo la puerta que permitía enterrar en las profundidades la Orden Ejecutiva 12.333 alegando diversos motivos, tales como la lucha contra el terrorismo o las necesidades de atención humanitaria.

Por eso me convertí en un asesino profesional. No es que fuera esa mi intención inicial, sino que mi departamento fue aceptando cada vez con mayor frecuencia ese tipo de encargos. Aparte de matar gente había otras tareas muy diversas, pero en cualquier caso el Destacamento i de Búsquedas Especiales del Ejército de Inteligencia al que pertenecemos es un comando de operaciones especiales (SOCOM) creado a partir de los cinco ejércitos de los Estados Unidos. Es decir, Ejército, Fuerza Aérea, Armada, Marines e Inteligencia, trabajando de forma unificada para ellos, y es el único que se encarga de asesinatos selectivos. En el siglo anterior, ese tipo de operaciones las realizaban cuerpos similares, como los Boinas Verdes o la Delta Force, compuestos por personal del Ejército de Tierra, pero con la llegada del siglo *xxi*, o sea, de nuestros tiempos, estas operaciones las acometemos casi todas nosotros, los llamados *comeserpientes* del Ejército de Inteligencia. Debido a ello, otros cuerpos SOCOM como los LRRP de los Marines o los SEAL de la Armada nos miran con desprecio y llaman a nuestros encargos *wet works*. Se trata de una expresión nacida en los tiempos de la Guerra Fría como un eufemismo para los asesinatos selectivos y puede encontrarse en las novelas de John Le Carré o Graham Greene.

Quizá sea más fácil de entender si recuerdan el cartel de aquella famosa película titulada *Carrie*. Esa imagen donde se ve a la

actriz Sissy Spacek de pie y recubierta de la sangre de cerdo que le han echado por la cabeza los compañeros que la acosan. Nuestro trabajo (bueno, una parte de él) consiste en terminar con un aspecto parecido, con la diferencia de que en nuestro caso la sangre que nos empapa es humana y de ahí el nombre de *wet works*. Destacamento de cazadores de cabezas de los Estados Unidos de América. Eso es lo que el Ejército de Inteligencia llama Destacamento i de Búsquedas Especiales.

Esas son las circunstancias que me han llevado a encontrarme ahora en la barriga del *Flying Seaweed*, repasando una vez más la documentación referente al blanco mientras el aparato se dirige al lugar donde se halla la próxima víctima.

En toda la información referente a aquel hombre a quien me toca matar esta vez, como su nombre, sus patrones de conducta, la composición familiar o sus tendencias políticas, se puede rastrear su vida. Los miembros de un equipo de operaciones especiales hemos sido entrenados para que adquiramos la técnica de observar a los demás en mayor o menor medida. Y es que un equipo de operaciones especiales no se limita únicamente a disparar a la gente. Más bien, tiene como misiones mucho más frecuentes tareas como entrenar a los ejércitos de países en vías de desarrollo o mejorar las condiciones de gente del entorno de las fuerzas enemigas y disminuir su combatividad proporcionándoles acceso a tratamiento médico, educación o sistemas de irrigación. Cuando trabajas en ese tipo de ambientes, es muy importante la capacidad de comunicación. O, dicho de otra manera, un lobo solitario poco dado al trato con los demás no es adecuado en el ámbito de las operaciones especiales. Esa clase de personas, más bien, se convierten en mercenarios. Aunque la verdad es que una parte del trabajo de los mercenarios consiste en enseñar técnicas de combate a los ejércitos de los países pobres, por lo que en el fondo tampoco hay mucha diferencia.

Los tipos del Destacamento i de Búsquedas Especiales, además de todo lo anterior, recibimos un curso de instrucción en psicología para que seamos capaces de imaginar con precisión el perfil de una persona a partir de su cuadro psicológico. En cuanto a la acción en sí, aunque se pueda decir que el riesgo político (o,

si se quiere, la preferencia ética) ha disminuido, llevar a cabo un asesinato selectivo continua siendo una misión difícil y delicada. Tal y como delata el trasfondo de la promulgación de la Orden Ejecutiva 12.333, surgida como consecuencia del fracaso de una buena cantidad de operaciones planeadas por la CIA, el asesinato selectivo no es algo que pueda dejarse en manos de aficionados.

Podríamos definirlo como una pseudoperación militar, pero entonces la expresión parecería indicar que, a fin de cuentas, se trata de jugar a los soldaditos a costa de la CIA. Por eso mismo nació una nueva categoría de ejército dentro del Ejército de Inteligencia y su Departamento de Operaciones Especiales, que es el de Búsquedas Especiales. Un grupo militar que ha heredado parte de la capacidad de espionaje que antes era responsabilidad de la CIA. Sus miembros somos un híbrido entre soldados y espías. La actividad de inteligencia del siglo **xxi** exige que, en vez de llevarla a cabo civiles, sea practicada sobre todo por militares. Porque la información del campo de batalla fluctúa constantemente y, además, en nuestros tiempos cualquier sitio es un campo de batalla.

Las cosas nunca son tal y como refleja la información previa. Esta siempre incluye elementos inciertos. Por eso, a la vez que se reduce al mínimo la cantidad de elementos imprecisos, hay que mejorar la propia capacidad de improvisar una respuesta cuando el resto de elementos entra en juego. Para ello, se requiere que cada miembro del destacamento se forme una imagen completa de la persona que tiene por objetivo.

En pocas palabras, no se trata sino de imaginarse con el mayor realismo posible la apariencia y la vida de la persona a quien vas a matar. Una vez que la has recreado hasta el punto de que casi le has cogido cariño, la matas. Es sadismo de la peor clase. Un tema perfecto para aquellas películas guarras de pornonazi que un día fueron ubicuas. Si una cosa de tan pésimo gusto no te genera algún tipo de trauma es únicamente gracias a la regulación emocional de adaptación al combate. Antes de entrar en combate, los miembros del destacamento nos sometemos a un programa de tratamiento psicológico que, mediante una serie de métodos neurológicos, nos permite configurar nuestras emociones y sentido ético de manera que se adapten a nuestra tarea. De esta forma,

podemos separar limpiamente lo que atañe a nuestra misión y nuestra moral privada. Es decir, que la tecnología ha hecho posible eso que quizá Orwell¹ llamaría *doblepensar*.

Así pues, lo que cruzaba por mi mente mientras revisaba la documentación facilitada no era, ni mucho menos, un sentimiento de lástima hacia mi próximo objetivo, sino el recuerdo de la última persona que había matado, o sea, mi propia madre.

De tanto en tanto, el país de los muertos acude a visitarme, araña la superficie de mi corazón con persistencia y, después, cuando me despierto, se marcha.

El país de los muertos puede presentar diversas variedades.

El patrón consistente en una serie de cadáveres que han perdido algunas partes y forman una fila que fluye lentamente por un páramo desolado es la visión que se aparece ante mí con mayor frecuencia. Aparte, también hay otra de un cementerio ilimitado donde los dueños de las lápidas están sentados encima de ellas con expresión de aburrimiento. Después de fallecer mi madre, una de las visiones más frecuentes era la de un pabellón de hospital donde solo había muertos internados, lo cual suena a cosa de risa, pero, por algún motivo, era una de las que más me afectaban. Probablemente porque era la que mejor reflejaba la imagen mental que me había formado nada más fallecer mi madre.

Soy militar, miembro de un equipo de operaciones especiales y asesino profesional, así que he visto una gran cantidad de muertos. Muchísimos más muertos que los que una persona ordinaria ve a lo largo de toda la vida. Cuando sucedió lo de mi madre, yo me encontraba en cierto país de Asia Central donde acababa de tener lugar una masacre. Estaba allí como asesino profesional, con objeto de matar a un antiguo cargo de la policía secreta que se dedicaba a inducir matanzas étnicas por todo el país. Nuestro Destacamento i de Búsquedas Especiales se había introducido en

¹ Se refiere a uno de los términos acuñados por el británico George Orwell en su célebre novela *1984*.

dicho país a través de Afganistán y habíamos conseguido atrapar a aquel hombre en cierta aldea.

El hombre murió. Porque vacié sobre su cabeza todo el cargador de mi fusil, dejándola trufada de balas. Pero para entonces las tropas de aquel hombre ya se habían hecho cargo de todos los habitantes de la aldea. Vi por allí varios cadáveres. La chica bajo el cielo nublado de aquel paisaje tras la lluvia, con la parte posterior de la cabeza reventada y el rostro empotrado en las marcas embarradas de las ruedas del camión; el chico al que dispararon por la espalda y cuyos intestinos se desparramaron al rajársele el vientre; las mujeres y niños arrojados al hoyo de la plaza y quemados tras ser rociados con gasolina. Y, por último, el hombre que orquestó todo aquello. Aquella masa de carne inerte alcanzada por mis balas, ahora retorcida en una postura tan anómala como la de los numerosos cadáveres que generó.

Después, una vez retornado del recuerdo de aquellas escenas de Asia, me encontré a mi madre conectada a unos tubos, mantenida con vida gracias a un porrón de medicamentos y unas nanomáquinas. El médico me preguntó si deseaba o no continuar con aquel dispositivo. Sin que nada anormal destacara en su aspecto externo, mi madre parecía inexpresiva, acostada en una pulcra cama y, aun sin ser consciente de ello, deseaba que yo tomara la decisión. Daba la impresión de estar viva, pero no era más que el efecto de unas máquinas moleculares de lo más trabajadoras introducidas en su cuerpo. Un mecanismo similar al que nos aplican a nosotros para persistir en el combate aunque resultemos heridos.

En aquel hospital blanco, en medio de una tranquilidad igualmente blanca, me pusieron delante los formularios para consentir la interrupción del tratamiento. Cuando me preguntaron *¿aprueba usted la suspensión de las medidas de soporte vital?*, di mi consentimiento con un *sí* y la huella del pulgar, que estampé sobre el formulario. Entonces retiraron la maraña de máquinas moleculares de aquel cuerpo que ni tenía ni volvería a tener voluntad y mi madre alcanzó la muerte al momento.

Pero, a pesar de todo, ¿estaría realmente muerta? Para empezar, ¿puede descartarse la posibilidad de que estuviera muerta antes de que yo verbalizase mi decisión?

¿Hasta dónde llega la vida y dónde comienza la muerte? Desde finales del siglo xx, según avanzaba la ciencia médica, esta cuestión se fue volviendo cada vez más imprecisa, pero durante más de un siglo la humanidad ha cerrado los ojos y se ha tapado los oídos al respecto, convirtiendo la cuestión en un problema que se aplaza indefinidamente, como tantos otros.

Pero, seguramente, al igual que sucede con muchas otras cuestiones de la vida diaria, no quede más remedio que aceptar la situación como es, sin darle demasiadas vueltas. En cualquier caso, mi madre terminó siendo embalsamada e introducida con todo esmero en un ataúd. El embalsamamiento fue una imposición dictada por la normativa sanitaria del Estado de Washington. Ante una medida así, está claro que cualquiera muere de forma definitiva.

Por el momento, ella es la última persona que he matado.

—¡Capitán Shepherd! ¡Capitán Shepherd!

Me desperté al sentir que alguien gritaba mi nombre. Por lo visto, me había quedado dormido mientras releía los documentos. Me acaricié las mejillas en un acto reflejo ya que, con cierta frecuencia, después de haber estado en el país de los muertos las encuentro mojadas por las lágrimas. Me tranquilicé al ver que no era el caso y que el jefe de mantenimiento del transporte que me había despertado no me había sorprendido llorando de modo inconsciente.

—Despierte, por favor. El lanzamiento es dentro de quince minutos.

Una vez dado el aviso, el jefe de mantenimiento se alejó. Lo que decía del lanzamiento no era ninguna broma. La tendencia actual a la hora de penetrar en territorio enemigo ya no es el anacrónico sistema HALO² del paracaídas, sino una maniobra de alta velocidad bastante simple que se sirve de una cápsula de infiltración que tiene reducido al mínimo posible sus propiedades especiales de reflexión de ondas

² Acrónimo de *High Altitude-Low Opening*.

electromagnéticas. A lo largo de todo el espacio destinado al cargamento se alineaban unos objetos cilíndricos negros como la laca que parecían bolígrafos para gigantes, y los encargados de mantenimiento se hallaban enfrascados en revisarlos. Al echar una ojeada en derredor, vi que los compañeros parecían todos muy atareados en esa plana bodega para carga del *Flying seaweed*.

—No sé cómo puedes dormir dentro de este martillo neumático —me dijo Williams mientras se acercaba—. Antes nos hemos dado de bruces con una turbulencia aérea y el aparato se ha movido como una coctelera. ¿No te has dado cuenta?

Cuando le contesté que no, Williams se rio con expresión atónita.

—Desde luego que eres frígido de remate. ¿Disfrutas del sexo?

No se puede pedir que un avión militar tenga las mismas comodidades que uno de pasajeros. Gracias al avance de la tecnología, probablemente ahora sea mucho más soportable que en el siglo anterior pero, aun así, es inevitable que en el mundo militar la cuestión de la comodidad tenga una prioridad más baja que otros detalles de uso práctico. Nuestro *Flying seaweed* tiene forma de prisma rectangular para reducir al mínimo posible sus propiedades especiales de reflexión de ondas electromagnéticas y este aparato con tan estrafalaria forma, que no es la más indicada para poder volar, surca los cielos gracias a que lo dirige un programa informático que controla todas las decisiones de la ruta hasta la última coma. Teniendo en cuenta el increíble trabajo realizado, es bastante poco probable que le sobre capacidad como para pensar en nuestra comodidad.

—Pues diría que disfruto como cualquier otro. ¿Tú no tienes que hacer preparativos?

—Eso más bien te lo tendría que decir yo a ti. Yo ya estoy listo. He venido a echar un ojo porque me preocupaba que tuvieras los deberes sin hacer.

—Muy amable.

Nada más contestarle, Williams se sentó a mi lado y acercó su cabeza hacia mí. El hombre era un auténtico entusiasta de los chismorreos y tenía el vicio de hablar sobre cualquier cosa como

si se tratara de un secreto, por insignificante que fuera el asunto. Que si alguien se ha echado novia o que si tal o cual persona era en realidad de lo más pervertido, y empezaba a susurrar sobre ello como si estuviera poseído.

—Por cierto, Clavis, esto de la operación de ahora... ¿Qué te parece?

Todos los participantes de la operación albergábamos la misma inquietud, pero, al mismo tiempo, nadie hablaba de ello. Porque la norma no escrita de todo ejército es que los soldados no deben preguntarse el porqué de las órdenes. Williams, aunque no lo pareciera por ese corpachón tan robusto, era un hombre demasiado curioso como para pertenecer a un cuerpo de operaciones especiales, también demasiado locuaz y, para colmo, aficionado en exceso a los chismorreos. Un tipo capaz de decir con expresión de lo más alegre cosas como «¿sabías que, cuando tenía quince años, Charlize Theron fue testigo de cómo su madre mató a su padre de un disparo?».

—Pues no sé... —repliqué medio esquivando la pregunta—. Hay que matar dos objetivos a la vez y eso es bastante complicado. Si no aparecen los dos juntos en el punto donde tenemos previsto actuar, esas incertidumbres que tanto odiamos pueden cambiar la situación por completo.

—No me refiero a eso, hombre —dijo Williams irritado, moviendo la cabeza en ademán negativo—. Hablo del objetivo B. Ese hombre es un norteamericano.

—Bueno, es que hay norteamericanos por todo el mundo —repuse con un suspiro—. ¿O es que cuando es un pobre extranjero puedes matarlo sin problemas y cuando es un compatriota ya no te sientes con ganas?

—Es un compatriota pero de los malos. Un sinvergüenza. No tengo el menor cargo de conciencia.

Después de tan tajante afirmación, Williams hizo una pausa y continuó hablando.

—Pero te voy a decir una cosa. Ese historial que nos han pasado es un poco raro. Da la impresión de que existe información importante que nos ha sido escamoteada cuidadosamente. Todos piensan lo mismo. Dicen que no pueden hacerse la menor idea de

la clase de sujeto que es. Que no consiguen formarse una imagen mental del objetivo B.

— ¿No sabes qué clase de sujeto es, pero tienes claro que es un compatriota de los malos y un sinvergüenza?

Williams se encogió de hombros.

— El nuestro es un destacamento que se encarga de matar gentuza. Si se trata de un tipo al que hay que matar, es porque el mundo lo considera un canalla, ¿no?

Una visión de las cosas de lo más sencilla. Sucediera lo que sucediera, Williams todavía creía en la infalibilidad del Estado. Ni que decir tiene que esa era la sencillez de carácter y la obediencia ciega que exigía nuestro trabajo. Si uno no conseguía mantener esa visión del mundo, era imposible matar intencionadamente a una persona a quien no se conocía de nada y después seguir matando una tras otra.

Para aguantar con el espíritu sano, lo mejor es no pensar demasiado en lo que uno hace y, para eso, lo más cómodo es entregarse por completo a una ideología lo más sencilla posible. Si te ponen al borde del precipicio de la ética, olvídate por completo de cualquier interrogante.

Desarrolla al máximo la insensibilidad que albergas. Conviértete en el hombre menos perspicaz del mundo.

Asume la tautología de que lo correcto es correcto.

Para proteger su vida, un soldado tiene que matar enemigos a discreción. A diferencia de los asesinos profesionales con alta tecnología como la nuestra, los soldados comunes que tienen que enfrentarse a grandes cantidades de enemigos no tienen que preguntarse por las circunstancias particulares de cada uno de los que matan y, en ese sentido, probablemente sufran una carga psicológica menor que la nuestra.

Pero, aun así, es innegable que existen soldados que terminan derrumbándose psicológicamente. Hace unos años, cuando llegó el turno de devolver a la patria a soldados que combatieron en Irak para que se reinsertaran a la sociedad, el ejército norteamericano tuvo que recurrir a grandes cantidades de psicólogos. Como paso previo a la vuelta a la cotidianidad norteamericana, se construyó en Irak una especie de campamento para los que

tenían previsto regresar y allí se les hizo entrenarse en una serie de simulaciones de comportamiento en la vida civil.

Jugaban una y otra vez en un campamento de Bagdad a estar en los Estados Unidos.

Aquellos soldados que convirtieron en algo cotidiano el hecho de estar en un mundo tan diferente como es el campo de batalla, intentaban recordar cómo hacer compras en el KMart. ¿Cuánto costaba una barrita de Mars? Así, si no conseguían atravesar esa América virtual, los hombres y mujeres que habían luchado en la guerra de Irak no recibían la autorización para regresar a la patria.

En definitiva, la mente del ser humano es frágil y si la persona cuya vida segamos posee un nombre y una personalidad claramente definidas, el peligro de las secuelas psicológicas que entraña el acto de matar es mucho más grave. A diferencia de los soldados ordinarios, lo que nosotros debíamos matar no era un enemigo que formase parte de un conglomerado difuso, sino un individuo concreto. Ello implicaba una fatiga psicológica extrema, indeciblemente mayor que la que supone matar a un enemigo anónimo.

Pero aun así, ello se debía también a que tanto Williams como yo éramos personas sensibles, norteamericanos criados en la cultura de la sobreprotección. Hay lugares en este mundo donde el valor de la vida es irremediablemente bajo, nulo o incluso menos que nulo. Sé que quedan muchos de esos lugares y, de hecho, he visto varios de ellos. También el tiempo en que permanecíamos dentro de aquellas vainas, lanzados hacia el exterior, era como una parte de ese infierno. En aquella vasta tierra muy por debajo de nosotros hacia la que volábamos, en ese lugar que pronto pisaríamos, era como si todo se hubiera precipitado hacia el caos. Y esto, a la vez que implicaba una tragedia horrible, encerraba también cierto lado festivo, en el mismo sentido en que los cuadros del infierno que pintó Hyeronimus Bosch muestran un ambiguo ambiente de alegría.

En mis oídos resonó la comunicación procedente de la cabina del piloto.

—Sin presencia de fuego antiaéreo tras cinco minutos sobrevolando espacio aéreo enemigo. Tampoco hay actividad de misiles de corto alcance. A lo mejor todos están durmiendo.

Todos los miembros de cuerpos especiales que servimos en esta clase de operaciones secretas tenemos implantadas unas conexiones biométricas de alta afinidad con los organismos circundantes y que se sirven de la temperatura corporal para mantener comunicaciones, de manera que no tengamos que llevar con nosotros aparatos de transmisiones que haya que estar sacando cada vez. Incluso aunque el otro murmure algo con la boca medio cerrada o en voz muy baja e incomprensible, el programa informático la mejora y la vuelve audible. Por eso lo que escuchas no coincide con el sonido realmente emitido, sino que se trata de una voz artificial. Aunque yo fuera capaz de hablar correctamente, seguramente se escucharía una voz similar. Una voz que no existía en ninguna parte entre mi garganta y el altavoz que emitía el sonido.

—La pintura *stealth* de invisibilidad debe de haber absorbido la mayoría de las ondas de radar —opinó Williams encogiéndose de hombros—. Si no fuera por la señal IFF para distinguir a los nuestros del enemigo, quizá ni siquiera los compañeros podrían identificarnos.

—Diez minutos para el descenso. Meteos en las vainas de infiltración. Rezo por vuestra suerte.

—Hale, ya habéis oído.

Di un golpecito en el hombro de Williams. Él también dio por finalizada la conversación y se metió en su cápsula. El color negro de la superficie no era el RAM³, sino un recubrimiento para frenar las particularidades de los rayos infrarrojos. El maestro de carga comenzó a emitir el *Voodoo child* de Jimmy Hendrix por los altavoces del aparato. Para dar ambiente al lanzamiento.

Cada vez que veo a los hombres metiéndose dentro de las vainas pienso lo mismo: «son idénticas a un ataúd».

Muertos que se arrastran para volver a sus ataúdes. La pintura facial de camuflaje reforzaba nuestro aspecto de zombis. Muertos resucitados por la magia vudú que iban regresando a los ataúdes donde deberían estar. Al contemplar el panorama con esas ideas en la cabeza, sus movimientos me parecieron un tanto torpones y

³ Acrónimo de *radio absorbing material* (material absorbente de radio ondas).

diría que hasta sus ojos eran brumosos como los de un pez, como los de un muerto...

Voodoo child. De pronto me cruzó por la cabeza la idea de que quizá aquel maestro de carga pensaba lo mismo que yo. Eché un vistazo hacia él, pero su cara estaba oculta por la máscara de oxígeno para el inminente descenso de presión y no pude leer su expresión.

Me puse en pie yo también y caminé hacia mi cápsula. Los compañeros ya estaban metidos en las suyas y mantenían la postura antichoques, es decir, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vistos desde arriba eran realmente como muertos en sus ataúdes.

En ese momento me vino a la mente una escena de *2001: Una odisea del espacio*. La escena en la que el computador va matando silenciosamente a los astronautas en estado de hibernación.

Me meto en mi vaina e imito la postura de muerto que adoptaban mis compañeros. Cruzo los brazos sobre el pecho y me acomodo en el sarcófago como un faraón. Al mirar hacia arriba por la escotilla, veo el techo de la sala de carga y las luces. Dentro del ataúd puedo escuchar con nitidez mi respiración. Soy un muerto. Un muerto del apocalipsis que, a partir de ahora, va a llevar el caos y la masacre al mundo terrenal.

Entonces, como una sacudida, me asaltó una ola de emociones de carácter desconocido.

—Comenzamos la descompresión de la sala de carga. Cinco minutos para el lanzamiento guiado. Prepárense para el disparo.

Era algo similar a la tristeza, pero mucho más complejo. Un conglomerado de emociones al que no se le puede dar un nombre.

La imagen de mi madre acostada en la cama del hospital con los ojos cerrados.

La sonrisa de mi madre embalsamada, dormida dentro de su ataúd.

La escotilla de la cápsula se deslizó suavemente sin un solo sonido y en el instante en el que se cortó por completo la conexión con el mundo exterior, se oyó el reverberar de un sonido sordo que ajustaba la presión interna. Los sonidos desaparecieron del

mundo y quedaba encerrado en la oscuridad. ¿Sería la misma sensación que se experimenta cuando a uno lo entierran?

Sí, eso es. Ahora mismo estoy repitiendo la experiencia de mi madre al morir. De repente he comprendido el motivo de la emoción que me embarga. La muerte de mi madre ha añadido un significado hasta ahora inexistente a esta ceremonia de lanzarme desde las alturas que tantas veces he repetido.

La cápsula hizo unos crujidos como si se estuviera desgarrando. La despresurización en la sala de carga hacía que el cascarón rechinase.

—Descompresión de la sala de carga finalizada. Tres minutos para el descenso. Abran la compuerta trasera.

Después de un tiempo oyéndose el sonido de un motor, vino el chasquido de la apertura de un cierre y la barriga del *Seaweed* se abrió. El maestro de carga debía de haber sido zarandeado de lo lindo por la corriente de aire que entró por la compuerta, pero nosotros, metidos en nuestras cápsulas, ni siquiera oíamos el ruido del viento.

—Un minuto para el descenso. Comienza la cuenta atrás.

¿Habría sido también así el viaje de mi madre hacia la muerte? La luz exterior desaparecida al taparse la ventanilla del ataúd, los clavos que cerraban todo herméticamente... Sin saber a dónde la llevaban, encerrada en una caja como esta y, luego, enterrada. Mi madre y también todos aquellos enterrados en un ataúd desde los albores de la historia de la humanidad hasta ahora.

La cuenta atrás reverberaba en el interior de mi cráneo, pero no sentía la tranquila excitación previa al descenso, como me sucedía antes.

—Comenzamos el lanzamiento. Que Dios les proteja.

Se oyó un breve golpe, grave pero a la vez suave, característico del lanzamiento. Después, desapareció la gravedad.

Fui dominado por una sencilla ley física. La ley que hace que las cosas caigan.

Mi ataúd se vio lanzado por los aires.

Todos los pertrechos adheridos a mi cuerpo flotaron unos milímetros durante un par de segundos. La cápsula enseguida entró en modo teledirigido, terminando con el tiempo de caída libre. La cápsula en sí carece de capacidad de avance. No lleva ningún tipo de combustible ni de motor. Básicamente, está diseñada para deslizarse por los aires y los ajustes de su trayectoria se realizan mediante un alerón que se puede inclinar más o menos. En resumen, es como un parapente o, mejor dicho, quizá se parezca más a una bomba inteligente. Una bomba inteligente a la que se hubiera extraído la carga explosiva para sustituirla por un ser humano y convertirla en ataúd.

Mediante un preciso control de los alerones, nuestros ataúdes fueron surcando los aires en dirección al punto que teníamos por objetivo. Los alerones eran movidos por músculos artificiales que formaban un organismo vivo. Estas cápsulas de infiltración apenas contaban con piezas de maquinaria. Por decirlo de alguna manera, estaban hechas de carne. Y no solo era que los alerones fueran controlados por carne, sino que dicha carne producía ligeros cambios en la forma externa de las cápsulas mediante una especie de quistes implantados en su superficie. De esa manera, las cápsulas se curvaban y ondulaban para absorber y controlar los efectos de las corrientes de aire que se generasen en las cercanías.

La salvaje vibración y el sonido de la fricción del viento contra la cara externa de las cápsulas fue decreciendo. La inclinación también se fue haciendo más suave y sentí por los desvíos gravitatorios que la trayectoria era ligeramente modificada varias veces. Al parecer, la cápsula había entrado en la modalidad de control teledirigido final.

Oí el sonido ahogado de una pequeña sacudida y todo el peso de mi cuerpo recayó de golpe sobre los pies. Se abrió el para-caídas de arrastre, que absorbió con una bocanada el vector de avance. Debían de quedar apenas unos metros para la superficie. Puse mi cuerpo en tensión, preparándome para el impacto. Y es que, metido en aquel ataúd, poco más podía hacer. Al perder

velocidad, la cápsula cambió rápidamente de posición, cayendo en picado.

La mayor parte de la sacudida la absorbieron el paracaídas y el organismo vivo que formaba la corteza de la cápsula. Como si fuera una semilla de diente de león que hubiese encontrado dónde echar raíces, la cápsula tocó tierra lentamente. Si dejásemos caer un bolígrafo con un paracaídas, probablemente obtendríamos una imagen bastante similar. Al entrar la punta en contacto con la tierra, la cápsula se volcó hacia un lado. Aun siendo un objeto cilíndrico, como la distribución del organismo de la coraza externa estaba dispuesta en diagonal, siempre y cuando no se tratase de una pendiente muy acusada, no se daba el fenómeno de que estuviese rodando por largo tiempo, evitando así el peligro de que los conductos semicirculares del oído interno de los comandos se quedasen hechos una porquería.

Por lo visto, la cápsula se había posado horizontalmente sobre el terreno con suavidad. Desbloqué el cierre y alargué la mano hacia la escotilla. Al deslizarse sigilosamente la puerta hacia el exterior, en lugar del techo de la *Seaweed* tenía ahora ante mis ojos un cielo estrellado.

Después de salir al exterior y comprobar que no había peligro en los alrededores, comenzamos nuestra tarea en silencio. La cápsula de Williams había caído en un punto a menos de cuarenta pies de la mía. Las otras dos estaban en un radio de cuatrocientos pies en torno a mí. El llamado CEP, que expresa el porcentaje de aciertos de ingenios explosivos teledirigidos como las bombas con GPS, las guiadas por láser, o los drones bomba, así como los misiles teledirigidos, se basa en el radio con centro en el objetivo en el que cae la mitad de los ingenios lanzados y en nuestros días es perfectamente normal que ese valor conste ya de una sola cifra. En lenguaje corriente, algo así como que no dejan escapar el objetivo que buscan. La tecnología de teledirección ha llegado a su cúspide.

Cuando en las cápsulas se cambia a la modalidad de desecho, se corta el suministro de oxígeno que necesita cada una de las células del organismo vivo de que están hechas, incluyendo las de la musculatura artificial, de manera que la necrosis comienza

enseguida. Al perder el agua, el tejido comienza a cobrar aspecto de momia y, al igual que sucede con la piel de un anciano, el organismo inicia la queratinización. Si se deja que continúe, la materia orgánica se desprende en pedazos y terminará convirtiéndose en abono para esta pradera.

Por tanto, lo que teníamos que hacer para destruir por completo las cápsulas era, básicamente, separar las pocas partes que no eran orgánicas, una serie de piezas de maquinaria. Pero incluso eso había sido tan sistematizado que la tarea en sí resultaba muy sencilla y ocupaba menos de diez minutos. El aspecto que ofrecíamos en la oscuridad, borrando silenciosamente la huella de los objetos traídos, era lo más parecido imaginable al de unos adolescentes recogiendo los utensilios de una hoguera de campamento.

Sin embargo, nuestro verdadero festival era lo que nos esperaba a partir de entonces.

Nada más terminar de recoger, emprendimos la marcha de maniobra.

Teníamos que terminar todo antes de que amaneciera. Matar a alguien en pleno día y darse a la fuga no nos asustaba. Pero lo ideal es que no te vea nadie, a ser posible, ni siquiera la víctima.

Nuestro equipo se componía de cuatro miembros. Williams, otros dos hombres con suficiente experiencia en este tipo de misiones y yo. Acorde con el procedimiento estándar para operaciones, Alex, que era un explorador muy capaz, ocupaba la posición de reconocimiento y, bastante por delante de nosotros, iba guiándonos. Quien cerraba la marcha era Leland, que había entrado en el cuerpo al mismo tiempo que Alex, de manera que los veteranos, Williams y yo, avanzábamos en la oscuridad de la noche con aquellos dos, uno delante y otro detrás, vigilando el entorno.

Una marcha de esa clase no es una tarea cómoda. Cierto que nosotros, comparados con nuestros predecesores de otras épocas, éramos unos privilegiados. La ropa interior pegada a la piel absorbía el sudor y devolvía el agua a nuestro cuerpo, mientras que la fina nanomembrana que nos cubría el globo ocular proporcionaba una cantidad de luz adicional. Así, dicha

membrana nos permitía ver las cosas con nitidez incluso en una noche nublada como esta, pero además nos proyectaba en la retina diversos tipos de información para el combate.

Aun así, debido a las características intrínsecas de una operación de asesinato selectivo, no era cuestión de dejar caer las cápsulas de infiltración al lado del objetivo. No había dejado de ser necesario el trabajo fundamental de los cuerpos especiales, que consiste en realizar una marcha acarreado durante considerable distancia armas, munición y otro tipo de materiales que pudieran resultar útiles para la misión. El trabajo en los cuerpos especiales puede ser muy diverso, pero mi impresión particular es que la mayor parte la ocupa el caminar. Andar, andar, andar y seguir andando. Durante el proceso de selección, lo primero que nos ordenaban era hacer este tipo de marchas llevando a la espalda una enorme mochila cargada de piedras. Más que calificarlo de andar, era ir a marchas forzadas casi como en una competición que se repetía una y otra vez hasta que en esa primera fase del proceso se eliminaban más de la mitad de los aspirantes.

Antes de despegar, nuestro equipo había mantenido una reunión, examinando los informes y mapas que nos proporcionó el Departamento de Inteligencia, y creíamos haber elegido el mejor punto posible para el descenso de las cápsulas. Pero aun así, teníamos que recorrer durante cerca de cuatro horas un terreno casi siempre en cuesta hasta el pueblo de nuestro objetivo, sin tiempo casi ni de mirar hacia los lados.

Como Alex era mucho más fuerte que nosotros tres, se movía muy rápido y por eso, en su calidad de avanzadilla, al alcanzar la cresta de la elevación entraría ya en estado de alerta. Puesto que se trataba de una misión que apenas nos llevaría medio día, no había necesidad de cargar aparatosas mochilas Bergen con gran cantidad de alimentos, agua o municiones de repuesto a nuestras espaldas. Gracias a ello, marchábamos a muy buen paso. Nos dirigimos al pueblo que teníamos por objetivo a la mayor velocidad que permitiese mantener garantías de no pasar por alto cualquier indicio de presencia enemiga.

A juzgar por las fotografías tomadas por el satélite, era obvio que la carretera (bueno, en realidad una ruta entre sembrados

que ni siquiera estaba asfaltada) tenía bastante tráfico, por lo que resultaba demasiado arriesgado avanzar por sus alrededores. Por tanto, nuestro itinerario debía proseguir por lugares donde no existía un verdadero camino. Con todo, el paisaje de esa tierra situada entre la frontera de Europa y Rusia básicamente se componía de bosque y llanuras de hierba. Comparado con un desierto o una jungla, resultaba mucho más cómodo.

En principio, la idea que se hacía el mundo sobre el motivo de la tragedia de este país era el habitual enfrentamiento entre musulmanes y cristianos. Por supuesto que no cabe pensar que ninguna de las guerras que suceden se deba a una única causa. Existen muchos países donde los cristianos conviven con los musulmanes. De hecho, este país había sido uno de ellos. En tiempos formaba parte de la antigua Unión Soviética y, cuando el Partido Comunista abandonó el poder, alcanzó la independencia. Después, surgió el enfrentamiento con Rusia a raíz de los recursos naturales, pero sin nada que hiciera pensar que en este país, que siguió la senda esperable tras el hundimiento de la Unión Soviética, algún día ardería la mecha del enfrentamiento religioso. Hasta hace unos pocos años.

¿Por qué la rivalidad se acentuó hasta el punto actual? ¿Por qué el odio se hinchó hasta llegar a desencadenar un genocidio? Se decuplicó o centuplicó. Por el momento no hay ningún estudioso que haya podido elaborar una teoría al respecto.

Teníamos que evitar a toda costa un encuentro con el enemigo. Sobre todo antes de matar al objetivo. Si te descubren, se acabó el asunto, ya que avisan al objetivo por comunicación inalámbrica y se aleja de su posición. Tratándose de un equipo tan entrenado y equipado como el nuestro, aunque nos rodease un cierto número de efectivos militares, no sería demasiado difícil conseguir huir hasta el punto de recogida acordado, pero aun así la operación habría sido un fracaso.

Tras dos horas de intensa marcha, decidimos tomar un pequeño descanso. Debido a que habíamos recorrido el camino casi a la carrera, Williams estaba jadeante y yo también me encontraba muy fatigado. Nos tumbamos ocultándonos entre la maleza y el nanorecubrimiento de nuestras ropas escaneó la coloración de los

alrededores, generando un patrón que cambiaba en tiempo real. Un camuflaje que se adaptaba a las variaciones del entorno. Un hechizo de la tecnología muy de agradecer cuando se trataba de estar emboscados.

Sin embargo, el error fue haberse acostumbrado demasiado a usarlo.

Muy cerca de la maleza donde estábamos apostados había aparcado un camión de caja abierta. Todos los músculos de nuestros cuerpos abandonaron al instante el estado de descanso. Respirando en silencio, vigilamos como si nosotros mismos nos hubiéramos convertido en parte de la vegetación y vimos que cuatro tipos armados con AK se bajaban del vehículo. Como es lógico, no parecían haber advertido nuestra presencia y comenzaron a preparar una fogata.

Al parecer, la cuestión de las armas no les ocupaba para nada las cabezas. Arrojaron sus AK con los cargadores puestos (y probablemente repletos) cerca de la fogata.

— Aficionados de mierda.

Noté, por el movimiento de los labios de Williams, que había hecho ese comentario de manera insonora y me encogí de hombros. Los soldados de este tipo de lugares, en cuanto encuentran un resquicio (bueno, y aunque no lo encuentren) se dedican a la violación o al pillaje en las aldeas que conquistan y son poco más que canallas. Pero el entrenamiento militar recibido suele ser tan bajo como el que demostraban estos.

Pero, de todas formas, si se quedaban ahí sentados, no nos podíamos mover. Pensando en el tiempo restante hasta la salida del sol, no debíamos retrasar nuestra marcha ni unos pocos minutos. Sin la menor duda por cuestiones morales, decidí que mataríamos a los soldados de aquella patrulla que ni siquiera nos habían atacado y que se limitaban a calentarse en torno a aquella hoguera.

Mientras nos acercábamos a ellos por la espalda, los hombres no repararon en nosotros ni lo más mínimo. Por eso, cuando los filos despidieron un destello un instante antes de cortarles las gargantas, probablemente ni tuvieron tiempo de comprender qué estaba sucediendo. Ni supieron por qué morían ni quién los

había matado. Mientras la cálida sangre se les derramaba por las gargantas, sus pupilas no nos miraron ni un segundo, reflejando solo la hoguera que tenían delante y emitiendo destellos de color naranja. Por último, sus cuerpos ya inconscientes se desplomaron boca abajo sobre la tierra. Así, casi al mismo tiempo, los cuatro hombres se convirtieron en cadáveres.

Revisamos a toda velocidad las ropas de los caídos. No llevaban la menor identificación del destacamento al que pertenecían. Entonces, rajamos con nuestros cuchillos el extremo de los hombros de las ensangrentadas ropas y abrimos la tela de sus mangas. Tal y como esperábamos, en los músculos del hombro presentaban un bultito que pasaría inadvertido para cualquiera que no lo estuviera buscando. Era más pequeño que la uña del dedo meñique y totalmente plano, distinguible sobre todo por la cicatriz adjunta.

Corté con mi cuchillo aquella zona de la carne. En el interior había una plaquita ovalada.

Era una placa identificativa.

Williams alzó los hombros y dirigió la vista hacia mí. Al momento comprendí que me sugería: «¿Hacemos como de costumbre?». Yo era el principal responsable de las decisiones. Dado que los miembros se habían elegido teniendo en cuenta la región de las operaciones, era lo lógico, pero el caso es que los cuatro éramos hombres de raza blanca. Igual que estos hombres a los que acabábamos de matar, igual que esos otros hombres blancos que en este país estaban cometiendo un genocidio contra personas de otra religión.

Miré a Alex y a Leland a modo de confirmación. Puesto que ambos se encogieron de hombros indicando: «Lo dejamos en tus manos», opté por la solución más cómoda. Saqué un gel protector de la mochila y envolví con él la plaquita identificadora que había rebanado del hombro de aquel cadáver. Acto seguido, coloqué el conjunto en la palma de la mano y, como si fuera una aspirina, me lo tragué.

En la caja del camión había instalada una ametralladora calibre 50 que permitía disparar a discreción mientras el vehículo se movía. Se trataba de un vehículo japonés ordinario, pero solo con llevar instalado ese tipo de ametralladora ya impresionaba un poco. La fuerza aérea de este país quedó inutilizada al poco de comenzar la guerra civil pero, aun así, los radares y la red de alarmas anti-aéreas conectada a los mismos continuaban operativos. Considerando que la facción armada local todavía contaba con ese tipo de equipamiento más o menos moderno, el desequilibrio que se percibía con sus fuerzas de base, que eran puros aficionados, era tan grande que resultaba cómico.

En cualquier caso, en la carretera que hasta entonces habíamos evitado con todo esfuerzo, quedaba ahora un vehículo enemigo abandonado. Si queríamos usarlo, teníamos que abandonar, a excepción de las nanomembranas, los maravillosos adelantos tecnológicos que traíamos, conocidos como SOPMOD⁴: los visores láser, los lanzagranadas o los fusiles de asalto por piezas, que podían encajarse y desencajarse como si fueran de juguete.

Aun así, resultaba preferible a tener que marchar de noche indefinidamente por esta tierra extranjera. Hay que considerar que somos unos norteamericanos privilegiados y que a veces tendemos a llevar una impedimenta de protección excesiva. La bendición de ser el país técnicamente más avanzado, que ha convertido la mayor tecnología militar del mundo en casi una tendencia de moda, nos hace hervir de emoción y no puedo negar que en mí mismo existe un tipo de deseo un tanto infantil hacia esa clase de novedades. Pero, por otra parte, el ser humano es muy caprichoso y de vez en cuando gusta de olvidarse de la moda para volver a un estilo más primitivo, más elemental.

Alex se encargaría de conducir el vehículo. Yo escogí el asiento del copiloto y, mientras vigilaba por el frente, fingía una apariencia de tranquilidad para que nadie que nos viera desde

⁴ Acrónimo de equipamiento de operaciones especiales.

el exterior sospechara nada. Los uniformes que robamos al enemigo estaban manchados de sangre, pero como ya desde un principio estaban sucios, lavamos un poco la sangre con el agua que llevábamos y con eso y ensuciar un poco otras partes, más o menos conseguimos disimular.

—Yendo con este camión llegaremos al objetivo enseguida —dijo Alex, iniciando la conversación—. ¿Qué son esas letras que hay escritas en el lateral de la caja?

Le contesté que eran caracteres japoneses. En la universidad había estudiado un poco de japonés y por eso me eligieron para hacer unos entrenamientos en las Fuerzas de Autodefensa niponas. Aquellos caracteres indicaban que se trataba de un vehículo que había utilizado un comercio de tofu llamado Fujiwara. Sin duda, dicho negocio de tofu no podría ni imaginar que el viejo vehículo que vendieron había ido a parar a un lejano lugar de la Europa del Este para instalar en él una ametralladora y usarlo en la guerra civil como vehículo armado.

—Son unas letras muy chulas...

—Cuando ves unos caracteres ilegibles como esos, más que la información que te dan, los ves como un dibujo muy imaginativo.

—Quieres decir que me parecen chulos porque no puedo leerlos, ¿verdad?

—Algo de eso también hay. De la misma manera que una escultura que no se comprende a menudo se descarta, también existe la actitud contraria, en la que se tiende a reverenciarla o idealizarla. Quizá deba decirse que el atractivo que encierran palabras como *exótico* u *oriental* nace de la incompreensión de los códigos culturales a los que se refiere.

—Es decir, que los caracteres de un idioma extranjero son palabras, pero a la vez no lo son. Quieres decir que más bien se acercarían a los diseños o patrones de un vestido, ¿no?

—Bueno, es que tanto el significado como la información que transmiten se pierde, ¿no? O, por decirlo más exactamente, somos nosotros quienes no podemos captar ni el significado ni la información. Supongo que si rellenas un tablero de Scrabble con caracteres de un idioma extranjero, el resultado que obtienes debe de ser algo que más bien se acercaría a una obra de arte.